

**DON MIGUEL GUTIÉRREZ FERNÁNDEZ,
PROFESOR**

Juan Cordero Ruiz

*Excmo. Sr. Presidente,
Ilustrísimas Autoridades,
Ilustrísimos Sres. Académicos,
Familiares de Don Miguel Gutiérrez Fernández,
Señoras y señores:*

Es una ley biológica que Dios ha puesto y se cumple con rigor. Esa ley dice que todos los nacidos tenemos que morir. Todos estamos en esa lista inexorable que va unida a la propia vida humana. Pero esta indudable certeza no queremos aceptarla y, por ello, siempre nos sorprende.

Siempre pensamos que son los otros los que se van. Nos sentimos más espectadores que protagonistas de este drama; y así nos defendemos contra la más cierta de las evidencias.

Pero un día cualquiera nos toca más de cerca participar en este drama; y es un familiar, un ser querido o un amigo quien nos acerca a la verdad. Y esta vez has sido tú, querido Miguel, quien nos sorprendiste, despertándonos a la realidad. Dura realidad que nos hirió gravemente el alma. Yo he tardado en recuperarme y, por circunstancias personales, con tu muerte me has ayudado, en esta hora de mi atardecer, a una unión más confiada en Dios.

Te has marchado de entre nosotros. Y, sin embargo, sé que de alguna manera misteriosa, que no alcanzo comprender con mi limitada inteligencia, sigues viviendo en proximidad a nosotros.

Para quienes tenemos el regalo de la fe estamos seguros de ello. Porque

creemos en la misericordia y el amor de un Dios Padre; porque sabemos con cuanto mimo este Dios Padre ha creado la obra maestra de una criatura humana con filiación divina; sí, sabemos que nos hizo a su imagen y semejanza, y nos permite que le llamemos padre; sabemos que es Él quien nos ha dejado entreverlo, intuyendo su bondad dentro de nosotros. Y, porque sabemos que un Ser que es todo amor y misericordia, no podría cometer la crueldad de destruirnos y abandonarnos a la nada, al no ser, después de habernos dejado conocer su existencia.

También creemos en la palabra de vida eterna de Cristo, quien nos repite muchas veces que Él es la vida: *"El que cree en mí, aunque muera vivirá; y todo el que vive y cree en mí no morirá jamás"*. Y agrega refiriéndose a la Eucaristía: *"Yo soy el pan viviente, el que del cielo ha bajado, quien comiere de este pan vivirá eternamente"*. (Jn. 11.9-26). Y sabemos que Miguel creía en Jesucristo; y muchas veces lo vimos comer ese pan viviente que garantiza la eternidad, teniendo empeñada la palabra de Cristo de "no morir jamás".

Hace tan solo unos días, el 21 de julio, nos recordaba el Papa: *"Cuando pasa la figura de este mundo, quienes han acogido a Dios en su vida y se han abierto sinceramente a su amor, al menos en el momento de la muerte, podrán gozar de aquella plenitud de comunicación con Dios que constituye la meta de la existencia humana"*.

Por eso sabemos que Miguel está vivo y unido a Dios. Ciertamente con una vida diferente, misteriosamente transformada en otra más perfecta y plena que esta.

¿Y quienes no tienen fe? Quienes no tienen fe intuyen, rozando los límites de la razón, que tiene que haber "algo más"; que algo que se inicia en embrión tan débil como es el origen de la vida, que sigue un proceso de desarrollo y perfección, una evolución tan inteligente y compleja como es un ser humano, guiado por unas pautas de origen sobrehumano, no puede quedar cercenado e incompleto. Ello sería un fracaso, un fraude de las leyes de la naturaleza y la evolución, donde todo es lógica coherencia y armonía perfecta, organizada de tal modo que constituyen un verdadero milagro que desborda el poder creativo del hombre. Y ese repetido milagro de la vida humana no puede ser producto del azar y la casualidad. Las leyes de la naturaleza que el hombre ha descubierto con su esfuerzo, le muestran transformaciones y evoluciones de los microorganismos y de los seres inferiores que se perpetúan de diversas formas. Y el hombre, la obra más

evolucionada de la creación, no puede extinguirse y disolverse en la nada.

Pero hay más. El propio sentido común nos dice que mientras alguien nos recuerde, viviremos en sus mentes con una vida singular, compartida entre los vivos. En este preciso momento que lo recordamos, Miguel está entre nosotros, ocupando en nuestras mentes un lugar, y, cobrando una existencia y una presencia, desde la que influye en nuestras vidas, condicionándolas.

Y, en este sentido, la huella que nos dejó Don Miguel Gutiérrez Fernández fue profunda y múltiple; porque tuvo una personalidad tan extraordinaria que no dejaba indiferente a quienes le conocieron. Porque además tuvo la suerte de repartir su actividad en muchos campos, no restringidos al ámbito familiar o al de sus amistades privadas, su presencia vital entre nosotros, mientras tengamos memoria, será real e ilimitada.

Me toca en este acto académico recordar aquella faceta de su vida en que coincidimos en la docencia, como catedráticos de Bellas Artes, caminando ilusionados en una tarea común.

El profesor es como un sembrador que ignora como germina y se reproduce la semilla que esparce, aunque muchas veces tiene la satisfacción de saber que sus alumnos han hecho suyas sus lecciones; que sus ideas, consejos y orientaciones se injertan en las variadas personalidades de sus discípulos, quienes, de un modo más o menos conscientes, lo reproducen, y lo hacen vivir multiplicándolo. En cierta manera es una prolongación de la vida del maestro, engendrador de hijos intelectuales y morales, que se extiende en el tiempo y el espacio.

Don Miguel Gutiérrez Fernández fue, durante cerca de cuarenta años, uno de los pilares más sólidos en la enseñanza superior de las bellas artes de Sevilla. Muy joven obtuvo la Cátedra de Paisaje en la Escuela Superior de Bellas Artes, y desde ella ha formado muchas promociones de pintores, tantos, que son incontables. Y en todos dejó su huella. Nadie que halla pasado por las clases de Paisaje podrá decir que ha pasado indiferente. De una u otra forma la personalidad de Don Miguel influía y afectaba al alumno.

Su enorme personalidad y un carácter entero, sin fisuras, eran consecuencias de sus convicciones estéticas y docentes. Con una sabiduría de pintor, respaldada por su gran obra personal de artista, ocultaba una exquisita sensibilidad detrás de su aparente inflexibilidad e intransigencia, que no era más que disciplina y orden interior. Tenía una visión clara, directa y sin titubeos del arte, que le llevaba a una actuación rectilínea, con vigor y

convencimiento, inspirando confianza.

Un maestro así deja profunda huella en alumnos maleables, en esa fase de su formación. Un crítico de arte, mi querido amigo Manuel Olmedo, con quien compartí algunos jurados, solía decir ante un determinado cuadro de algún concursante, "este gutierrea"; que era una forma de ver la influencia inequívoca del maestro en la obra de sus seguidores y discípulos. Evidentemente, durante más de un cuarto de siglo, hemos visto, y seguimos viendo en Sevilla, las huellas de una influencia de Don Miguel, en la manera de ver e interpretar paisajes y naturalezas muertas de algunos pintores.

Cuando pienso en la gran influencia que tuvo este profesor sobre todos sus alumnos no me conformo con achacarlo solo como la irradiación de su singular personalidad. O, como decían algunos envidiosos compañeros, que era la única asignatura que tenía premios finales con becas veraniegas. No creí esas falacias y fui más allá; y rastreando las causas de ese poder de contagio, descubro, gracias a mi privilegiada posición en la dirección de la Escuela y la Facultad, una de las profundas razones de su éxito: la seriedad, el rigor, la puntualidad y la disponibilidad.

Con frío, lluvia o calor, Miguel era insobornable ante la disciplina académica. En años difíciles de huelgas y convulsiones estudiantiles, de desórdenes e irregularidades docentes, jamás se sirvió de coartada para la desidia, el desaliento o la relajación. El alumno siempre le encontró en su puesto. Pese a que su clase se desarrollaba fuera del aula convencional, en los áticos, jardines y calles, él acudía puntual e inexorablemente a la cita docente. Y esa seguridad de la presencia constante y del control del profesor siempre, forzosamente, da esos frutos.

El profesor Gutiérrez Fernández fue uno de esos grandes profesores recordados del pasado que tenían una gran intuición de la pedagogía. Poseía un instinto innato para conocer y descubrir el talento más oculto de sus discípulos; de aquellos discípulos que, habiendo pasado por otros profesores como anodinos y grises, no parecían tener especiales condiciones para la pintura. Pero en la clase de Paisaje despertaban. No sé a qué estímulos respondían, pero ahí tenemos infinidad de casos que no me dejarán por mentiroso. Descubrían sus aptitudes y vocación por la pintura en este último curso de la especialidad. Esta era una virtud envidiable en nuestro compañero.

Pertenecía a esa especie de maestros, que parece que se extinguen entre la hojarasca de las modas de innovaciones pedagógicas; una especie de profesores natos, de profesores naturales, de aquellos que ejercen continua-

mente su docencia, en todo lugar, que les brota el consejo, la opinión y la corrección como la cosa más natural. Sus opiniones ante los cuadros no eran rebuscadas ni académicas, no un producto de falsos artificios o lecturas indigestas. El suyo era un lenguaje directo, casi de la calle, fácilmente comprensible por el destinatario, quien asumía la corrección sin violencias mentales, por el peso de lo evidente.

Nos tocaron vivir juntos años de grandes cambios y transformaciones en la docencia de las bellas artes en la extinta Escuela Superior y en la naciente Facultad. El aceptaba y respetaba las normas obligadas que nos imponían una enseñanza oficial y universitaria, exigida desde arriba y para todo un colectivo muy heterogéneo; normalizaciones llenas de requisitos, de formalismos, incluso de experimentaciones teóricas que había que implantar. La regulación de los tiempos lectivos, los horarios, el número de alumnos, las calificaciones, los exámenes, las revisiones, las evaluaciones... Las nuevas estructuras del profesorado, de los departamentos, de los controles y pruebas para alumnos y profesores... A estos clásicos profesores tenía que molestarle esta disciplina impuesta desde el exterior, que a veces le oprimían como un corsé asfixiante, ante su libre intuición de profesor autodidacta, obligando a unos planteamientos de experiencias bien consolidadas y asumidas. (Y la verdad es que no encontramos razones por las que el cambio, con estas nuevas formulaciones, fuese beneficioso. Ya que hemos visto descender los niveles de calidad de los alumnos tratados con los modernos sistemas, incluso de los profesores que accedían a la docencia por los nuevos métodos al uso). No es la hora de analizar este fenómeno, pero el profesor Gutiérrez Fernández, formado por aquellos otros excepcionales maestros de la antigua Escuela Superior, aceptaba con disciplina castrense las normas, aunque estoy seguro que no las podía compartir.

Es claro que una personalidad así, tan acusada, no se improvisa. Ello es producto de un don natural, pero también de un largo recorrido de estudio y esfuerzo sacrificado. Nacido en Sanlúcar la Mayor en 1930, pronto se manifiestan en él las aficiones y cualidades artísticas. Pero hasta 1953 no formaliza sus estudios superiores, ingresando en la Escuela Superior de Bellas Artes. Hace una carrera triunfal, porque siendo todavía alumno, obtiene los premios "Navas Parejo", "Ybarra" y "Murillo", y es pensionado con la beca de Paisaje "El Paular", lo que marcará el futuro de su carrera. Obtiene algunos premios más, alguno tan importante como el "Diego Velázquez" de la Diputación de Sevilla, para estudiar en Italia.

Muy joven, con solo treinta años, ya es catedrático por oposición de la Escuela Superior en la que había estudiado. A partir de ahí, la lista de exposiciones y de premios se hace casi interminable. Podemos decir que su actividad se multiplica y sus trabajos de cátedra apenas le restan tiempo para una labor intensiva de pintor. En este sentido dice el gran historiador Lafuente Ferrari *"Ganada la cátedra, en vez de dedicarse a sestar, como muchos catedráticos triunfadores hacen, se puso a trabajar arduosamente. Su vocación no quedó empalidecida por ser profesor; fue más bien el estímulo para pintar como sería y noble vocación"*.

Por esa su capacidad de síntesis y unidad, formó un todo con su docencia y su propia obra, no habiendo separación ni distancia entre lo que hacía y lo que enseñaba. Alcanzó de este modo un perfecto equilibrio de donde brotaba la espontaneidad de su credo estético. En una obra tan extensa como la suya apenas hay quiebros, ensayos novedosos, experiencias más o menos arriesgadas. Todas sus obras parecen notas diversas de una misma armoniosa partitura. Pero no se deduzca de esto monotonía o repetición, sino un sello tan personal que no requiere la firma del autor para su identificación. Y a eso se le llama personalidad artística.

Restringe los temas de sus cuadros a paisajes y bodegones, o podríamos llamarles composiciones, pues sea cual sea el tema, el protagonismo lo alcanza la equilibrada composición, el gris que entona todos sus finos cromatismos y unas texturas que más insinúa las formas que las concreta. En este sentido, otro gran crítico y poeta, José Hierro, dice: *"Se diría que compone sus cuadros con regla y cartabón y luego, una vez seguro de que el edificio no se vendrá abajo, pierde los estribos, se deja poseer por el demonio, pinta de manera alucinada. Todo esto no es más que una especie de parábola para indicar como en el arte de este pintor existe la máxima disciplina escondida bajo la máxima libertad. Libertad que Miguel Gutiérrez puede perfectamente permitirse, habida cuenta de su gran temperamento de pintor, capaz de expresarse simultáneamente en el campo del color y en el campo de la materia. Cuando deposita el pincel sobre el lienzo, no lo hace para cubrir una zona previamente reservada, sino para empezar a confesarse, para añadir al lienzo su palpación. Así surgen esas realidades desenfocadas, pretextos para que el artista deje allí constancia de su espíritu: su autorretrato disimulado bajo la apariencia de frutas o de objetos"*.

El poeta supo verlo con claridad. Por eso yo proclamo para quien no le conociera profundamente que, para conocerlo bien, se ponga ante sus

cuadros, y penetre por su pintura en apariencia simple, sobria, incompleta, incluso seca y áspera, y descubrirá el nítido autorretrato de un alma vibrante, sensible y limpia. Ese es su legado, y el mejor homenaje, junto al mayor placer que constituye el contemplar reposadamente su pintura.

Estuvo en contacto con artistas importantes y con todas las vanguardias, principalmente cuando goza de una beca de la Fundación Juan March que le permite estudiar litografía en París, donde vuelve varias veces, contactando con los más interesantes artistas del momento. Pero nuestro pintor tiene claras y firmes sus ideas y ninguna ventisca novedosa alterará su personal trayectoria. Él mismo explica así su pintura: *"Quiero que mis obras contengan cualidades pictóricas, pero no táctiles. No deseo, por ejemplo, que la gente diga como está pintada esta puntilla, sino que esta, si aparece, que sea un elemento más de la pintura que dé ambiente al cuadro"*.

Sintetiza con esta declaración su mentalidad de pintor nato, de pintor puro. No está afectado por otras ideas que no sean las eminentemente plásticas. Su lenguaje y su concepto de la belleza, empieza y termina en el cuadro. No precisa hacer referencias literarias, filosóficas, sociales o religiosas para decir cuanto tenía que decir. Le basta la superficie del cuadro, los colores, su manera de aplicarlos y distribuirlos de la superficie, casi pasando por encima de los objetos y las formas de las cosas representadas, para expresarnos su concepto del arte. Por eso lo he calificado de pintor puro.

Su obra está repartida por una geografía imposible. Ello nos depara las sorpresas del encuentro inesperado, con alguna obra suya, en los sitios más imprevisibles. Pero otras obras sí tienen sitio de honor en conocidas colecciones y en museos como el Español de Arte Contemporáneo de Madrid, en el Provincial y en el de Arte Contemporáneo de Sevilla, o en la propia Galería de esta Academia.

Su pintura sobria, parca, casi esquemática, introduce en la pintura sevillana esas características que parecen propias de la escuela de Madrid. Pienso que su influencia en tantos alumnos, que vieron en esa manera de pintar una forma diferente al detallismo impresionista de color y de luz, propio de otros maestros sevillanos, le vino a Miguel Gutiérrez por su vinculación a sus maestros del paisaje castellano, padre e hijo, los catedráticos Martínez Vázquez y Martínez Díaz, a quienes le unió una amistad que sobrepasaba la de profesor y alumno. Será esta una faceta importante a tener en cuenta cuando se haga una profunda historia de la pintura sevillana contemporánea.

No es este ni el lugar ni la ocasión para hablar del arte de Miguel Gutiérrez Fernández y hacer una crítica de su obra; esta es la ocasión para recordar al hombre, al compañero profesor y al amigo entrañable. Dejando constancia de su hombría de bien por encima de cualquier otra consideración crítica o estética. Es la oportunidad de profundizar más en su ejemplar trayectoria de hombre íntegro. De proclamarnos testigos públicos de su honradez y honestidad, de su trato espontáneo y sincero, de su amistad robusta y sin dobleces. Y por mi parte de ser testimonio de su excepcional actividad como catedrático de la Escuela Superior y de la Facultad de Bellas Artes. Que quede constancia y recuerdo imperecedero de su presencia entre nosotros, para que, al menos en nuestras mentes, y en la de tantos discípulos, siga vivo y operante en este mundo.

Y, como final, el gozo de quienes sabemos, por la fe, de su presencia en la vida eterna de Dios Padre. Para nuestro compañero Miguel, que luchó y triunfó en esta vida perecedera, el premio, ahora, de otra vida inmortal.

QUE ASÍ SEA.

Juan Cordero Ruiz.